

LA DANZA DEL POLVO EN LOS RAYOS DE SOL

ÁNGEL G. OSUNA

COLECCIÓN BLACK LABEL
EXTRAVERTIDA EDITORIAL
SEVILLA 2023

PROHIBIDA SU PUBLICACIÓN

© 2023, Ángel S. Osuna
© Fotografía cubierta: Thiago Matos
© Editor: Jaime Romero Ruiz de Castro
© Extravertida Editorial
© Colección Naginata

.....
Corrección: Elena Marqués Núñez
Maquetación y edición digital: Jaime Romero

.....
ISBN: 9788412583250
Depósito legal: SE 42-2023
1º Edición: Febrero 2023

extra
vertida
editorial

Editado en Sevilla.
Impreso por Podiprint. Antequera. Málaga
Impreso en España – Printed in Spain



The mark of
responsible forestry

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*«Mírame con desprecio, verás a un idiota.
Mírame con admiración, verás a tu señor.
Mírame con atención, te verás a ti mismo».*

Charles Manson

I

Miércoles, 29 de febrero de 2012
Londres

Los demonios están inquietos porque en cierta forma sienten lo mismo que yo.

Aún huelo a muerte.

Oigo voces, pero no es miedo lo que experimento; ese sentimiento quedó atrás hace tiempo.

No necesito consultar la hora para saber que es el momento de marcharme.

El hilo musical del centro comercial escupe por segunda vez la misma canción que cuando, hace ya un buen rato, tomé asiento en una de las mesas del McDonalds.

Quizá hoy se me haya ido un poco el santo al cielo, pero mejor así.

En el hipotético e improbable caso de que dieran conmigo, como poco una veintena de personas podrán corroborar que estuve aquí sentado no menos de dos horas; puede que, incluso, algún guarda de seguridad despistado se aventurase a afirmar que me pasé todo el día vagabundeando de escaparate en escaparate.

El paso del tiempo en estos lugares es muy extraño; es uno de los motivos por los que me atraen tanto.

A la Policía le sería muy difícil desmontar mi coartada. Cualquiera abogado de medio pelo me sacaría del apuro.

No la pude salvar y, una vez más, la conmoción por lo inevitable ha transformado el entusiasmo inicial en una profunda decepción de las que dejan cicatriz. Su mirada, antes inocente y pura, desde hacía días destilaba una malignidad turbia y amarillenta. Le di tiempo, todo el que pude, pero la fe la había abandonado.

Estoy convencido de que hago lo que hay que hacer, pero entonces no entiendo por qué últimamente me siento como si estuviera torturando ángeles.

«Sin duda haces lo correcto. No eres un niño con un capricho que su madre no le quiera conceder».

—Es cierto.

«A veces estas cosas pasan y no hay vuelta atrás. Tú mejor que nadie debes entenderlo».

Morten Harket continua desgranando con voz chillona y andrógina la letra de *Take on me*, sin sospechar que la mayoría de las jovencitas que deambulan distraídas por los pasillos del *mall* no tienen ni la menor idea del nombre del grupo que atrona por los altavoces.

Me declaro fan acérrimo de la música que suena en los centros comerciales. El componente maquiavélico de esas melodías me causa tal regocijo que podría pasar días enteros escuchándolas repetidas en un bucle sin fin mientras observo cómo influyen en el comportamiento de los potenciales consumidores. Su retorcida función nada tiene que ver con rellenar el silencio ni hacer más llevadera la espera a los maridos.

Estoy convencido de que, en algún lugar, en un cuarto oscuro un grupo de científicos empollones está trabajando para las grandes multinacionales del sector en intentar descifrar la influencia de cada tipo de música en las emociones humanas; cómo una canción determina el proceso de compra de los clientes, interviniendo en sus decisiones, acotando sus movimientos e incluso controlando la velocidad de masticación mientras comen.

Está científicamente comprobado que si a tu cerebro le gusta lo que escucha, se concentra en la melodía y el tiempo pasa de forma más lenta. Sin embargo, si la música no es de tu agrado el tiempo se contrae de forma infinita. En mi caso, con A-Ha la han cagado.

Yo soy un hijo del metal. Fuego por dentro, corazón de heavy-metal.

–Perdone, ¿va a terminarse las patatas de la bandeja? –Sorprendido, doy un ligero respingo al comprobar que el invisible dueño de la voz me habla a mí. De repente, salido de la nada, un puñetero andrajoso me muestra dos filas de dientes amarillentos y desordenados mientras esboza una sonrisa.

–¿A qué jodidas patatas te refieres? –le pregunto sin mucho entusiasmo.

El mendigo me dirige una mirada acuosa e indignada. Desde luego el tipo parece que tiene hambre. Viste unos pantalones de lana gris muy desgastados que lleva literalmente atados a su cintura. El torso lo cubre con una camisa negra que le queda enorme, con las mangas pulcramente arremangadas por debajo del hueso del codo. El espeso cabello negro peinado a conciencia hacia atrás está fijado por la mugre, y la nariz afilada le confiere un aspecto de dignidad al conjunto.

Podía haberlo invitado a un menú, pero es que odio a estos cabrones que se gastan el poco dinero que poseen en vino barato y después, cuando el perro les muerde el estómago, piden para comer.

–Esas –me contesta, señalando con un dedo tembloroso y gresiento la bandeja casi vacía.

Sin poder evitarlo se me escapa una carcajada ronca. Estoy de buen humor, de modo que decido seguirle el juego al pobre borracho.

–Muy bien –asiento, notando cómo la excitación prende de inmediato en su cuerpo, que comienza a temblar. Y le grito entre risas–: ¡Baila si las quieres! ¡Baila, baila!

El tipo, con las mejillas encendidas por la furia y el alcohol, empieza a dar pasos torpes e imprecisos; se tambalea y en un par de ocasiones está a punto de dar con sus huesos en el suelo. Un muy buen amigo mío se lo pasaría en grande con la escena.

Oigo un grito femenino de indignación a mi espalda y comprendo que es el momento justo para levantarse y acabar con el espectáculo.

–Deja de hacer el idiota –le digo cuando paso a su lado.

El borracho me mira jadeante, con su hundido pecho subiendo y bajando a un ritmo frenético. Nada más dejarlo tras de mí, lo escucho abalanzarse como un animal salvaje sobre mi mesa en busca de los restos de comida.

–Hasta un pésimo abogado lo tendría hoy muy fácil –murmuro, sonriente, mientras me dirijo a la rampa electrónica que me conduce al garaje del centro comercial.

II

Martes, 30 de septiembre de 2014
Madrid

Como todas las mañanas desde que dejara de beber, abrió los ojos sin necesidad de que el viejo despertador de campana le advirtiera que había llegado la hora de desembarazarse de las sábanas. Los acordes de su corazón, sincronizados con el tic-tac del segundero, ocupaban en ese momento el silencio de su cabeza.

Aquel reloj, junto con unos iris azul hielo —que parecían sacados de las gélidas aguas de los fiordos noruegos—, el color cobrizo de sus cabellos y un apellido impronunciable, constituía el único legado de su padre tras abandonarlo siendo él un niño.

La maquinaria de ese ingenio suizo de los años cincuenta profería un ruido tan infernal que en incontables ocasiones, desesperada por el alboroto de las manecillas en su movimiento circular, su exmujer lo había relegado a las profundidades de algún armario de la casa.

Lucas había vivido por un tiempo convencido de que las kafia-nas, absurdas y continuas discusiones sobre el endemoniado aparato fueron uno de los principales motivos de su divorcio; subestimaba así la importancia de alguna que otra infidelidad y de su grosero problema con la bebida y el juego.

Sin embargo, en contra de toda lógica, el cerebro de Lucas estaba tan habituado al sonido acompasado, regular y contundente de la rueda de escape y el áncora alojados en las tripas del despertador, que era casi incapaz de conciliar el sueño sin la compañía de esa metálica algarabía. Con todo, y a pesar de su potente dependencia, últimamente se estaba comenzando a plantear el modo de deshacerse del aparato.

Había llegado al convencimiento de que ese era el siguiente paso en la senda que le conduciría hasta la recuperación. Y aunque

pareciera una broma, sospechaba que constituía un avance muy importante en el penoso camino que había comenzado a recorrer.

El timbre del teléfono lo sorprendió minutos después de haberse levantado, mientras, ensimismado, untaba mantequilla a la rebanada de pan que acababa de expulsar con vehemencia la tostadora. Uno de los efectos secundarios aparejados al abandono de la botella era el hambre voraz que lo atormentaba a todas horas; una nueva adicción a la que iba a tener que poner freno si no quería que en unos meses una imponente barriga le impidiera disfrutar de la siempre agradable visión de sus pies en la ducha.

—Es mi día libre —respondió, malhumorado, nada más descolgar y antes de propinar un enorme bocado a una de las tostadas.

—Buenos días, inspector. Me alegra oírle de tan buen humor.

Lucas dejó de masticar y engulló de golpe el trozo de pan tostado; este, durante un exasperante segundo, amenazó con quedarse atrapado a mitad de trayecto entre la faringe y el esófago antes de proseguir su camino. Al otro lado de la línea sonaba la inconfundible voz del comisario Aravaca. Si lo estaba llamando a casa personalmente era evidente que algo no iba bien.

Las ganas de comer se transformaron de inmediato en el ardiente deseo de un buen trago de Jack.

—Perdone, señor, pero era la última persona a la que esperaba escuchar hoy —le respondió, quizá con demasiada brusquedad a causa del nerviosismo.

El odio mutuo que se profesaban no era un secreto para los agentes de la comisaría del distrito Centro de Madrid; si bien, después de que Lucas fuera el principal responsable de desarticular una célula yihadista que pretendía atacar en Madrid parecía que el comisario había decidido concederle una tregua; fuera esta real o no, había ejercido un efecto balsámico sobre el inestable equilibrio anímico del inspector. Por ello, y muy a su pesar, la inesperada llamada de su superior provocó que el corazón se le pusiera de inmediato en huelga.

Quizá la especie de armisticio que ambos habían firmado de forma tácita iba a expirar, y Lucas no estaba seguro de encontrarse preparado para la lucha.

—No se preocupe, Nordström, tiene todo el derecho a indignarse; soy consciente de que hoy es su día de descanso —le dijo—. Pero como a estas alturas bien debe saber, vivimos en un mundo muy jodido en el que la chusma de las calles no entiende de jornadas libres, navidades ni vacaciones de verano. —En ese momento le asaltó un ataque de tos.

El inspector permaneció en silencio, sin saber bien qué responder, con el auricular despegado de la oreja, esperando que la sinfonía llegara a su fin.

—Bueno, da igual —dijo el comisario Aravaca, una vez recuperado. Y añadió, con un resto de impaciencia en la voz—: Mande a hacer puñetas lo que sea que esté haciendo y venga a la comisaría. Tengo que comunicarle algo importante.

Otro momento de interminable silencio ensordecedor.

—En media hora estoy allí... jefe —contestó Lucas, transcurridos unos segundos que parecieron eternos.

—Estupendo. Le espero en mi despacho.

El inspector regresó el auricular a su ubicación original y cerró los ojos, dejando caer el peso de su cuerpo sobre la mano que continuaba aferrada al teléfono. Inspiró y espiró varias veces con fuerza, reteniendo unos instantes el aire en el interior de sus pulmones y haciendo trabajar al diafragma. En cada respiración se concentraba en el movimiento de subida y bajada, rítmico y acompasado, de su abdomen, como si se tratara del mecanismo interno de su despertador. En teoría, si lograba promover la oxigenación de la sangre, el atisbo de ansiedad pasaría. La mayoría de las veces esa técnica de relajación le daba muy buenos resultados; en otras ocasiones no. Cuando esto último sucedía, pasaba al procedimiento de emergencia; como en este caso.

Lucas agarró con fuerza el teléfono y tiró del cable, arrancándolo de cuajo de la pared; entonces lo lanzó contra el frigorífico.

El aparato se estrelló contra el electrodoméstico, desintegrándose en mil pedazos.

Aún jadeante, observó el resultado de su impulsiva acción: un nuevo teléfono destrozado y otra reluciente abolladura en la puerta del refrigerador. Al menos le quedaba el consuelo, eso creía, de no haber concedido al comisario la satisfacción de notar su desasosiego.

—Seguro que le ha sentado como una patada en las pelotas que no le preguntara el motivo de tanta urgencia —se dijo, esbozando una sonrisa maliciosa.

Tal y como se había cansado de escuchar a su madre desde muy pequeño: «La mejor actitud ante los que quieren provocarnos es la indiferencia». Aunque las palabras del comisario no le habían dejado precisamente indiferente, por lo menos no lo había demostrado, y con eso se conformaba.

Mal vestido, con unos vaqueros desgastados y una camiseta negra raída escondida bajo una cazadora *bomber* azul, hora y media más tarde, el inspector Lucas Nordström entraba en la comisaría más grande de Europa: la del distrito Centro de Madrid, situada en el número 19 de la calle Leganitos.

Hacía once años que formaba parte del Grupo X de Homicidios, entre cuyos logros se contaba el esclarecimiento de todos los casos de muertes violentas que les asignaron en el último año. Gran parte de este éxito se debía a la presencia de Lucas en el Grupo. Pero a pesar de que todos lo sabían, a nadie le gustaba reconocerlo. El irritante inspector poseía una habilidad especial para generar sentimientos contradictorios entre sus compañeros, lo cual había incrementado el recelo hacia él.

Al inspector Nordström le gustaba decir cada vez que tenía ocasión, cargado con un arsenal de ironía y alguna copa de más: «Lo que sucede es que en el Grupo X aún no os habéis dado cuenta de que soy una bellísima persona».